

## QUERIDA HIJA

Autor: Eleuterio Gutiérrez Pérez. ARMILLA (Granada)

Siempre resulta complicado ver crecer a un hijo. ¡Que me lo digan a mí! No ha sido sólo a uno, sino a tres; y he vivido en mis propias carnes lo que ello supone, en especial cuando llegan a esa edad que llaman “del pavo” -y que, creo, que es la excusa ideal que buscan para amargarle la vida a los progenitores-.

Una vez traspasada esa barrera, la vida cambia por lo general, normalmente a mejor.

Permíteme hoy, hija mía, que te remita esta carta en la que pretendo confesarme, abrirme como no lo había hecho hasta ahora, e intentar justificar mi comportamiento durante los últimos años. Como comprenderás, no es fácil escribir, ni es sencillo recordar las situaciones que quiero relatar. Y, por supuesto, no voy a extenderme indefinidamente: mi intención es basarme en una serie de hechos puntuales que marcaron la vida de nuestra familia.

No busco tu comprensión. Busco tu perdón. Perdón sincero al que avala un argumento que hoy, en la distancia que proporciona el tiempo transcurrido, no deja de ser válido, aunque nunca debí apoyarme en él para forjar mi carácter de estos últimos años y, en especial, de los últimos dos meses.

Vas a enterarte de cosas que nadie sabe y que, algunas de ellas, he ocultado hasta a tu propia madre. Nunca tuve el valor de confesarlas a sabiendas que causarían mayor daño que el que podría provocar mi silencio. Preferí meterlas en el macuto que decidí cargar a mis espaldas y que, poco a poco, ha ido adquiriendo un tamaño y un peso insoportable. Quizás debí, mejor dicho, hoy creo que debí compartirlas como medio de superarlas, pero la vida está llena de errores que vas cometiendo y que forjan tu carácter según los vas superando. El problema es que las situaciones por las que hemos pasado son difíciles de superar, y más aún en la soledad en la que la depresión sumerge al alma y a la vida.

Pero he reflexionado: los problemas familiares de las últimas semanas, las discusiones frecuentes con tu madre y las peleas continuas contigo, siempre con el trasfondo de la decisión que has tomado y que me comunicaste hace poco, me han conducido a un laberinto del que me he convencido que la única forma de encontrar la salida es con la verdad por delante y con la petición de perdón que quiero hacerte.

Recuerdo cuando tu hermano mayor, Javier, acababa de cumplir los diecisiete años, y recibí una llamada de una persona que se identificó como responsable de seguridad de un gran centro comercial de mi ciudad, Sevilla. Es curioso cómo se te puede caer el mundo encima en tan solo unos segundos, cómo crees ver desmoronarse a tu alrededor todo el entramado con el que has construido una vida familiar. Te preguntas ¿en qué he fallado?, ¿por qué me habrá hecho esto?, ¿irá a la cárcel?, ¿me quitarán su custodia?, ¿le repercutirá en el futuro? Y vas pasando progresivamente de la desesperación profunda a la especulación sobre el futuro, imaginando el camino, que debes ayudarle a recorrer, para que no vuelva a repetirse lo acaecido.

Es un palo muy duro para un padre verse en la necesidad de dirigirse a un despacho o dependencia de seguridad a recoger a su hijo, y tener que hablar con unos señores a los que no conoces de nada y ante los que la vergüenza abarca todo su capital humano. Sin embargo, tengo que reconocer

que me lo pusieron fácil, el responsable me miró a los ojos y me dijo: “No se preocupe, puede ser que se trate de una trastada infantil, motivada por querer aparentar ante su grupillo de amigos que tiene el valor suficiente para llevar a cabo un hurto sin que, por su inmadurez, se haya percatado o calibrado de los riesgos que puede conllevar esta acción. Ahora tiene que apoyarle... Y perdone por haberle inquietado con la llamada que le hemos realizado, tan sólo queríamos que usted supiera que su hijo había cometido este error para poder contribuir a que no reincida en hechos similares. De haber sido mi hijo, me hubiese gustado estar informado, en lugar de enterarme a posteriori y sin que hubiera podido emplear los medios adecuados para corregir el camino que lleva”.

Me sentí mejor, agradecí la llamada, y tras amenazar a mi hijo con severos castigos, me dejaron abandonar el establecimiento con él y sin haberle denunciado.

Una vez fuera, nos paramos en la primera esquina de la primera calle desde la que ya no se nos podía ver; le miré fijamente a los ojos y le dije: “¿es esto lo que quieres?, ¿es éste el camino por el que quieres reconducir tu vida?, ¡pues adelante!; me fijé como meta conseguirte la mejor educación que pudiera darte con el humilde sueldo que entra en nuestra casa, pero si tú no quieres aprovecharlo, entonces déjame que no malgaste el dinero en ti y que lo haga en tus hermanas. Ahora bien, si has aprendido la lección, si de verdad estás arrepentido, si te das cuenta del daño que nos has hecho y las consecuencias que hubiera tenido tu acción si los vigilantes te hubieran denunciado..., entonces vámonos a casa, demuéstrame, con tu comportamiento, que ha sido sólo una chiquillada y olvidemos juntos este hecho que jamás volverá a repetirse”.

Para un padre no hay nada peor que ver cómo se le caen las lágrimas a su hijo; cómo el arrepentimiento y la vergüenza se entremezclan entre sí, para provocar una parálisis en tu vástago, y cómo se puede leer en su ojos una solicitud de perdón descarnada y sincera.

Le vi llorar de una manera que tan sólo he visto hacerlo a otra persona igual en mi vida: curiosamente a mí mismo.

No quiero anticiparme, ni que las ideas que me van fluyendo se atasquen y me impidan plasmarlas en esta carta que te escribo y que espero que leas con atención, sabiendo que es mi forma de pedir perdón y de explicarte el por qué de mi comportamiento en los últimos meses. Por eso, déjame que continúe con el relato de los hechos que me han abocado a esta situación, y que han estado a punto de hacerme perder tu devoción.

Desde el mismo día en el que sucedió el episodio que antes te he relatado, el 1 de octubre de 2007, la convivencia en casa se vio fortalecida por el excelente comportamiento de tu hermano. Se comportaba con una madurez fuera de lo común, con un enriquecido sentido de la responsabilidad, ejerciendo no únicamente como hijo, sino también como un verdadero hermano mayor hacia vosotras.

Recordarás cómo procuraba siempre acompañaros al colegio, en lugar de irse con sus amigos, y cómo ejercía de protector; recordarás cuántas veces llegó a sacaros las castañas del fuego y cómo sólo tenía ojos para vosotras.

Se convirtió en la mejor ayuda para tu madre y para mí, ya que no era normal que, a su edad, hiciese gala de una prestancia y saber estar tan encomiadas y elogiadas por amigos y familiares.

Y llegó aquel día, ese momento en el que se sentó frente a mí y me dijo: “papá, lo he estado pensando, he pasado por situaciones en mi vida que me han enseñado mucho y que han curtido mi carácter, hasta el punto de saber que mi destino profesional para los próximos años se encuentra sirviendo a la sociedad y luchando contra todo lo que suponga un ataque a la convivencia y a la libertad de las personas. Por eso, he pensado proponerte que me apoyes para ser guardia civil”.

No es que me sorprendiera, de siempre había pensado que tu hermano servía para médico o enfermero, debido a su alto grado de implicación con las causas justas y con el bienestar de la gente que le rodeaba; por eso intenté reconducir su decisión hacia esas otras vías en las que también puedes servir a la sociedad pero sin exponerte de una forma tan clara a cualquier riesgo, como ocurre en la Guardia Civil.

Me fue imposible, la verdad es que, a testarudo, era difícil ganarle. Curioso que una persona tan dócil a la hora de darlo todo por los demás, fuese tan cabezota a la hora de marcar su futuro. Lo tenía muy claro: no quería mi autorización sino mi complacencia, como medio de recabar una ayuda que consideraba imprescindible.

Lo hablamos de hombre a hombre y al final, le dije: “bueno, ya era hora de que hubiese un policía en la familia”.

Al día siguiente me fui en busca de un amigo, sargento de la Guardia Civil, y le pregunté por la vía de acceso a su Institución, así como por una serie de dudas que tenía. Me satisfizo tanto su argumentación y las explicaciones que me dio, todas ellas cargadas de amor y devoción por su profesión, que le pedí que recibiera a mi hijo cuanto antes y calibrase sus verdaderas opciones y vocación.

La entrevista con Javier fue alucinante, oyéndoles dialogar yo ya creía que estaba no ante un guardia civil y un opositor, sino ante dos profesionales de la seguridad. ¡Qué aplomo emanaba tu hermano!, ¡qué ideas tan claras! y ¡qué sentido de honestidad resaltaba en sus palabras!

Estaba seguro: ¡mi hijo había nacido para ser un guardia civil, el mejor guardia civil! ¿Hay mayor satisfacción para un padre que ver a su hijo cargado de ilusión y con las ideas tan claras? No. Esa expresión facial de felicidad te hace perder el sentido de la realidad; lo das todo por tu hijo, sin contrapesar las consecuencias que puede tener una vida al servicio de los demás, siempre al límite del riesgo y debiendo actuar con pocos medios pero con determinación y profesionalidad.

Y así fue cómo nos vimos preparándonos para el acceso a la Guardia Civil. Sí, lo digo en plural porque yo también me involucre con tu hermano. Le veía tan feliz que yo mismo también hubiese seguido sus pasos profesionales, si hubiera podido elegir en ese momento y la edad me lo hubiera permitido.

Dicen que cualquier oposición es difícil, más que por el temario en sí, por el gran número de personas que se presentan a cualquier puesto de trabajo, y por la cada vez más alta cualificación; sin embargo, a Javier no le costó lo más mínimo centrarse en los estudios, de una forma tan responsable que hasta en la academia donde se formaba le pedían que aflojase el ritmo porque podía desfondarse en la carrera. ¡Nada de eso!, siguió cumpliendo la hoja de ruta que se había marcado con el objetivo claro e inequívoco de conseguir el acceso a la Guardia Civil a la primera.

Lo consiguió y nos llenó a todos de orgullo, sabía lo que quería, y fue capaz de dejarse llevar por su vocación para conseguir sus fines de la forma más rápida posible. Si emocionante fue acompañarle a Baeza y dejarle en la Academia -feliz pero asustado, contento pero nervioso, sereno pero sobre todo responsable-, más emocionante fue aún cuando íbamos a verle y nos dábamos cuenta con qué orgullo y distinción portaba su uniforme.

Por fin llegó el día, y toda la familia estuvimos presentes cuando juró el cargo y la Bandera; recibió su ansiada acreditación como funcionario de carrera de la Guardia Civil, y tuvo que elegir destino. Para nosotros fue una sorpresa porque, curiosamente, habíamos hablado un millón de veces de los riesgos, de las distintas unidades policiales y de la función que cada una llevaba a cabo. Sin embargo, nunca habíamos abordado, al menos que yo recuerde, los destinos a los que podría tener derecho tras salir de la Academia.

Y fue así como, parapetado en un uniforme de color verde, que le quedaba mejor que si se lo hubiesen hecho a medida, nos informó de su deseo de prestar servicio en las unidades que combaten el maltrato en el ámbito familiar. Que duda cabe que se trataba de una salida profesional que le venía al dedillo: podría desarrollar su vocación ayudando a mujeres maltratadas y a niños ¡Su sueño hecho realidad! Lo malo era la ciudad de destino. Como buenos andaluces, nuestras andanzas por el resto del territorio nacional se habían limitado a escauceos por Madrid, en viajes de ida y vuelta, por lo que cuando tu hermano nos comentó que había elegido Logroño, nos pareció que era trasladarse poco menos que a otro continente.

De todas formas, por aquel entonces, resultaba casi imposible que un guardia civil recién ingresado en el Cuerpo, fuese agregado directamente a un grupo de investigación tan concreto. Lo más lógico era que fuese adscrito a algún servicio policial de calle, en el que debía curtirse y asumir la experiencia necesaria para luego poder desarrollar un trabajo mucho más especializado.

Se personó en la Comandancia de la Guardia Civil de Logroño tan sólo quince días después de su toma de posesión en Baeza, e inmediatamente se incorporó al Puesto de la Guardia Civil de Haro, una población que se encontraba prácticamente en la frontera con Álava.

Ya no sólo era verle lo feliz que estaba, felicidad que se contagiaba hasta cuando hablábamos con él por teléfono y nos relataba sus andanzas y avatares, su implicación con la función que tenía asignada y su deseo de cumplir con su trabajo de la forma más eficaz. Comprendimos que, en su tarea diaria, debía perseguir el delito pero también proporcionar seguridad a sus conciudadanos, interrelacionándose con ellos y ganándose su confianza. ¡Para eso, era el mejor! Daba seguridad y proporcionaba un sentimiento tan cercano que provocaba inundar de confianza a los vecinos con los que contactaba y trataba.

Veinte días duró aquello, veinte días en los que se vio realizado y en los que se sintió el ser más feliz del universo, y, con él, nosotros. Disfrutábamos de su sonrisa, de sus preocupaciones, de sus quejas o reproches por haber fallado en algún servicio, de sus triunfos y lamentaciones, en fin..., de su vida. ¿Hay mayor satisfacción que la de ver realizado y feliz a un hijo?

Pero todo se truncó y de qué forma. Maldita manía la mía de ver la televisión; maldita suerte la mía de estar viéndola en ese preciso momento. ¡Maldita vida! Desde entonces odio la voz pausada y de tono fúnebre con la que se expresa ese presentador. Oírle decir que se acababa de producir un

atentado en la provincia de Logroño y que habían resultado muertos dos guardias civiles, que habían acudido en auxilio de una mujer que había telefonado a su cuartel solicitando ayuda porque le habían sustraído su vehículo, fue demasiado para mí, maldita premonición.

Se me cayó el mando del televisor de entre las manos y, a duras penas, llegué hasta la mesita para coger el teléfono; llamé a tu hermano tantas veces como me permitió la batería porque sabía, intuía, que algo había pasado. De repente, me percaté de que estaba recibiendo una llamada de un número muy largo. Décimas de segundo en las que te relajas y piensas en lo tonto que has sido por pensar en lo peor; instintivamente te llenas de tranquilidad por el simple hecho de ver una llamada desde un teléfono de numerosas cifras ya que Javier siempre nos llamaba desde su cuartel, y en el “display” aparecían incontables números. ¡Cómo puede ser uno tan iluso como para conformarse con el más mínimo detalle, para recuperar la confianza y la estabilidad perdida!

Pero al contestar la llamada, y percatarme de que la voz que me hablaba no era la de Javier sino la de otra persona que te pregunta ceremonialmente por ti, aportando tu nombre y apellidos; que te pregunta si eres el padre de Javier, y que únicamente llega a articular una expresión desalentadora en la que te informa que el coronel se ha desplazado a tu domicilio, ves desmoronarse el mundo, te tiemblan las piernas, al tiempo que tu cuerpo choca bruscamente con el sofá y los ojos se te inundan de lagrimas. Sí, esas mismas lágrimas que -ya te comenté- un día vi cómo caían por las mejillas de tu hermano.

Una maldita llamada. Un temor inmenso e intenso. Un miedo infinito que te recorre por todo el cuerpo. Resulta asombroso como Dios ha dotado a la naturaleza humana de ese sentido fraternal que es capaz de adivinar desgracias sin que te las lleguen a confirmar.

¿Cómo puedes sofocar esas ganas de gritar, llorar, maldecir; cómo puedes combatir el odio que te inunda; cómo salir de esa desesperación!

¿Por qué mi hijo? ¿Por qué? ¡Qué mal había hecho para merecer esto! ¿Por qué un hijo de perra se siente tan valiente y autorizado a sesgar una vida de un ser al que no conoce?

No quiero revivir otra vez aquel momento, ni quiero recordar cómo o de dónde saqué fuerzas para contarle a tu madre que un etarra de mierda había provocado el mayor dolor que unos padres pueden tener: enterrar a su propio hijo. Además, ¿cómo se puede entender que una persona se sienta avalada por sus creencias o ideologías para dinamitar la vida de una familia honrada y trabajadora que jamás se había metido en líos políticos? ¿Cómo explicar a los dos hermanos menores, de trece y quince años de edad, que ya no iban a volver a ver a su hermano mayor; que ya no podrían sentirse protegidos por su presencia y apoyo?

¿De dónde saca uno fuerzas? No sé... Quizás el hecho de ver a tu esposa hundida, machacada por la vida, rehén de una depresión de caracteres dramáticos, te ayuda a buscar los suficiente resortes en cualquier latido para poder seguir adelante. También la ayuda de la gente especializada que nos facilitó la propia Guardia Civil, y que tanto nos ayudó a superar ese vuelco en nuestras vidas.

Y de repente te encuentras que han pasado cinco años y que sigues viviendo o, mejor dicho, soportando la vida. Ya no ríes como antes pero también es cierto que tampoco lloras; ya lo has hecho demasiado. El odio, que

al principio me corroía, va dejando paso a la desesperanza y a la subsistencia. Decides continuar por el resto de la familia, y te construyes instintivamente una coraza con la que intentar protegerla. Te conjuras en que no volverá a suceder, en que no permitirás que a nadie de los tuyos pase otra maldita vez por un trago similar. Te atenaza el miedo cuando una hija te dice que va a salir a pasear con sus amigas, o cuando te solicita permiso para pernoctar en la casa de alguna otra. A escondidas, llamas a los padres de la amiga y, de una forma lo más disimulada posible, confirmas que han llegado y que están durmiendo.

Cuantas noches he pasado en vela esperando tu regreso sin que tú me vieras. Oía el ruido de la llave al entrar en la cerradura, y ya podía dormir tranquilo.

Y, de repente, un día sales de tu cuarto, nos sientas a tu madre y a mi en el salón, y, llena de emoción, mirándonos a los ojos y con la convicción que ya vi cuando esa misma acción la realizó tu hermano hace años, nos dices que quieres ser guardia civil; que quieres seguir los pasos profesionales de tu hermano; que te has informado de todo; que quieres ayudar a la sociedad, que no entiendes la vida sin dedicarte a ayudar; que...

Mi reacción fue desproporcionada, lo reconozco; quizás, cuando vi las lagrimas que se le caían a tu madre y que inundaban sus hermosos aunque tristes ojos, no supe estar a la altura; como tampoco he podido estar a la altura de las circunstancias en los últimos meses en los que te he venido presionando, castigando y forzando para que cambiases de opinión.

Sé que todo ha sido en vano porque tenías y tienes la misma determinación de tu hermano. Me ha costado mucho llegar a entender que tú no querías ser como tu hermano por el hecho de que le adorases, sino que tú querías ser guardia civil porque habíais nacido para ello; para ayudar a los demás, para perseguir el delito como lacra social, para favorecer la convivencia, para poner tu granito de arena en que todo vaya mejor.

Y en cambio yo me refugié en el pasado, me asaltaron los miedos y creí entender que mi obligación seguía siendo la de proteger a mi familia, la de impedir que le volviera a pasar nada malo, sin darme cuenta que el peligro está en todas partes y que nunca avisa.

Te he hecho la vida imposible con la única intención de que desistieras de tu idea de ingresar en la Guardia Civil para no sentir el riesgo de perderte, para no exponerte a los peligros a los que expuse a tu hermano, para no tener que volver a pasar por otro entierro. No creía que esta vez pudiéramos superarlo.

Pero tu actitud, tu determinación, tu visión de la vida, tu bien entendido fanatismo profesional, me han hecho recapacitar. Me he dado cuenta que existe más riesgo de perderte siguiendo con mi actitud obstruccionista, que si ingresas en la Guardia Civil. Me he dado cuenta que he vivido en un error y que debo salir de él, de esa burbuja que he creado a nuestro alrededor.

Te quiero, y si tu destino está, como sé que está, en la Guardia Civil, aquí nos tienes para apoyarte, aconsejarte y ayudarte cuantas veces haga falta.

Perdóname porque mi comportamiento era la manifestación del cariño mal entendido que yo creía darte... Y permíteme que estudie contigo la oposición, que te acompañe a la Academia de Baeza, y que comparta contigo esa realización profesional y humana que trasluce tu deseo de ser guardia civil.